

APUNTES PARA LA HISTORIA VERACRUZANA

Cómo salió del país el Gral. Díaz al fracasar la revolución de La Noria



Miguel Domínguez

**Cómo salió del País el Gral. Díaz
Al fracasar la Revolución de La Noria**

M i g u e l D o m í n g u e z

Es este un pequeño trabajo de investigación histórica, que a nombre de El Centro Veracruzano de Cultura, presenté a la VII Reunión del Congreso Mexicano de Historia que se llevó a cabo en la ciudad de Guanajuato, en septiembre de 1945.

Trátase de una narración acerca de cómo el general Porfirio Díaz salió furtivamente del país, al fracasar la Revolución de La Noria; hecho desconocido en su mayor parte hasta la presentación del trabajo. Complemento éste con algunas notas biográficas de las principales personas que intervinieron en los hechos, el general Honorato Domínguez y don Teodoro A. Dehesa.

Como fuentes de información, utilicé varios documentos inéditos del general Domínguez, algunos datos de personas autorizadas de la región donde se verificaron los acontecimientos, así como de las familias Domínguez y Dehesa. Aprovecho al final, parte de un artículo del ilustre escritor veracruzano don José de J. Núñez y Domínguez.

Méjico, D. F., junio de 1947.

La Revolución de La Noria había nacido condenada al fracaso, y arrastró envuelto en ella como su caudillo, al general Porfirio Díaz, quien, por otra parte, hasta entonces habíase distinguido como militar respetuoso de las instituciones que rigieran al país legalmente, pundonoroso y patriota.

No pretendemos analizar los hechos que originaron la Revolución, ni el proceder del general Díaz por esa época, sólo recordemos que aun los partidarios del mítite oaxaqueño, consideran éste como un error político más o menos justificable por circunstancias diversas, y que para sus enemigos y para sus deturpadores, convirtióse en un arma poderosa esgrimida contra él. Narremos escuetamente los principales acontecimientos militares de la primera etapa de la Revolución, como preámbulo a la parte medular de este trabajo.

Diversas rebeliones y motines habíanse sucedido desde 1868, tomando algunos de ellos como escudo y arbitrariamente, el nombre del general Porfirio Díaz; nombre por entonces prestigioso. Pero sí, desde julio de 1871, tras meses de calma relativa, veníase preparando el pronunciamiento, tanto en la capital de la República por un Directorio Revolucionario, como en la pequeña hacienda de La Noria por el general Díaz. Enarbolaba como bandera la *no reelección*.

Aunque trabajábbase intensamente, esto se hacía sin concierto, sin método y sin un plan de campaña premeditado. Díaz, quien puso de relieve su capacidad como organizador durante la Intervención Francesa, procedía ahora con indecisión y con titubeos, marchando así a la lucha y precipitando con ello el desastre.

Poco antes fueron sometidos con facilidad en la ciudad de Tampico los generales Molina y Calleja, por las fuerzas gobiernistas. Verdaderos prolegómenos de los acontecimientos que ocurrieron más tarde.

El primero de octubre estalló un cuartelazo en la Acordada Vieja de la ciudad de México, cuartelazo que en unas cuantas horas fué sofocado brutalmente por el Ministro de la Guerra, general don Ignacio Mejía.

Al declarar el Congreso de la Unión Presidente Electo al señor Juárez, iniciáronse los brotes revolucionarios en el Norte del país, donde la lucha alcanzó mayor incremento; los generales Naranjo, Treviño, Donato Guerra, García de la Cadena y Martínez, saltaron a la palestra.

El general Félix Díaz, Gobernador de Oaxaca, declaró a su Estado en rebeldía el 8 de noviembre; en esa misma fecha, al toque de botasilla, daba a conocer a la nación el jefe del movimiento, su famoso "Plan de La Noria".

Habíanse desplazado hacia Oaxaca los generales Loaeza, primero, Rocha y Alatorre, después, seguidos de otros jefes militares, y rápidamente arrollaron todo a su paso; fácil le fué al ejército gobernista posesionarse de la capital del Estado el 4 de enero de 1872. El 15 del mes anterior el general José Ceballos había inflingido una seria derrota a don Matías Rosas, en Chilapilla, derrota que inició el desconcierto entre las masas rebeldes.

La contrarrevolución, fomentada meses antes en el seno mismo del Estado por los amigos del señor Juárez, los licenciados José Gregorio Ibarrea y Félix Romero, el general Figueroa, el coronel Fidencio Hernández y otros, minaban a Díaz por todas partes. Hernández habíase rebelado contra el Gobierno local, al frente del Batallón Juárez, de la Guardia Nacional de la Sierra de Ixtlán.

No todos los oaxaqueños respondían pues, al llamado del triificador de Miahuatlán, La Carbonera y Puebla, y menos al conocer el discurso del Presidente de la República, pronunciado en el recinto parlamentario.

Porfirio Díaz salió de Oaxaca, se posesionó de Huajuapan de León, llegó a Tehuacán, pasó por Izúcar de Matamoros, por Chalco, se acercó a la Capital por el rumbo de Texcoco, pretendió dirigirse a Veracruz para adueñarse de la Aduana; se vió obligado a marchar a su Estado natal y por último a salir de él.

El desconcierto era general, sólo Luis Mier y Terán atrevióse a enfrentarse resueltamente a las fuerzas gobiernistas, sosteniendo con

su infantería la bandera de la revolución en la Sierra Mixteca, o mejor aún, en la de Chacaltongo, y fué aniquilado por el general Francisco Loaeza en San Mateo Sindihuí, el 22 de diciembre de 1871.

Juárez, el indio zapoteca, con mano férrea dominaba sus lares, humillando a su atrevido rival, el representativo de la raza mixteca, tradicionalmente enemiga de la suya.

Tras el desastre vino la desbandada de los rebeldes oaxaqueños, y el general Díaz, seguido de sus lugartenientes y amigos, los generales Pedro A. Galván, Francisco Mena y Manuel González, y de alguna fuerza de caballería, en verdadera fuga, imposibilitado para unirse con sus partidarios del Norte del país, se movía entre los Estados de Oaxaca, Tlaxcala y Puebla, e internóse en la Sierra de Zongolica en el Estado de Veracruz, seguido muy de cerca por el enemigo.

En la costa juchiteca fué asesinado Félix Díaz cuando por Puerto Angel pretendía salir del país, la noticia corrió por la línea telegráfica y fué conocida en Tehuacán el 23 de enero, desde donde se transmitió a la ciudad de México. El periódico "Le Trait d'Union", del 7 de febrero, refirió pormenorizadamente cómo acaeció ese suceso lamentable.

Eran los últimos días de enero, rumorábase que "don Porfirio" había sido visto, aquí y allá, abatido y enfermo, acompañado de unos cuantos hombres hambrientos, agotados, que se iban dispersando; después... nada.

Las versiones más variadas corrían sobre la suerte del general Díaz; suponíasele algunas veces muerto, oculto y enfermo en la Capital, otras. "El Monitor Republicano", "El Siglo XIX", "La Voz de México", "El Correo del Comercio", "El Diario Oficial", y tantos otros periódicos de la época eran leídos con interés por los porfiristas, esperando conocer lo ocurrido a su jefe; pero todo fué inútil, hasta que varios meses más tarde, apareció en el Norte del país después de desembarcar en Manzanillo unido a sus partidarios de esa región.

¿Qué había sido del general Díaz tras los desastres de Oaxaca? Se ignoró, y aún hoy sus biógrafos y los historiadores no lo consignan. El Secretario de la Guerra, en su Memoria presentada al Congreso en 1873, afirma que en la Sierra de Zongolica el general Díaz separóse de la escasa tropa que le seguía y que ésta, comandada por don Higinio Aguilar, fué derrotada y dispersa en las cumbres de Acult-



PORFIRIO DIAZ, retrato de la época.

zingo por fuerzas del Gobierno. No hace mención a la búsqueda tenaz e inútil que se hizo del caudillo de La Noria.

Ciro Ceballos, quien es prolíjo en la exposición de algunos hechos acaecidos por entonces, dice en el primer tomo de su libro "Aurora y Ocaso", al narrar la muerte de don Félix Díaz: "Mientras tanto el general Porfirio Díaz, después de tener conocimiento de la serie de desastres ocurridos en el Estado de Oaxaca, se encaminó por la Sierra de Zongolica con objeto de ir a buscar Playa Vicente (?) para hacerse a la mar, sumergiéndose luego en una niebla tan densa como una nube, cuya obscuridad le haría pasar hasta por muerto, durante los tormentosos días que siguieron a la terrible tragedia que a vastos rasgos he venido relatando".

HE AQUI LOS HECHOS OCURRIDOS

Datos biográficos sobre los personajes que en ellos intervinieron

Por los últimos días del mes de enero de 1872, don Porfirio Díaz se apartó de los pocos amigos que le acompañaban, seguido solamente del general don Pedro A. Galván y de Tomás, mozo de estribo de éste, llegó a refugiarse al rancho de Las Cabras, lugar cercano a San Felipe de las Maderas, en el Estado de Puebla, cercano también a los límites del Estado de Veracruz.

El señor Galván, con el grado de coronel del Ejército, comandaba el 15º Regimiento de Caballería, de guarnición en la ciudad de Huamantla; partidario del general Díaz, recibió del Directorio Revolucionario el grado de general.

Al irse movilizando escalonadamente las fuerzas gobiernistas hacia Oaxaca, se le envió a Tecamachalco y de ahí continuó hacia el Sur ya en franca rebeldía e incorporóse poco después a los pronunciados.

Al hacerse cargo el general Díaz de la caballería rebelde, Galván marchó con él hacia el centro del país. Después de la derrota, lo acompañó en su odisea.

El rancho de Las Cabras era propiedad de don Francisco Hernández, persona adicta al general Díaz y en consecuencia a la Revolución de La Noria.

Hernández ocultó en su finca a don Porfirio y acompañantes y por instrucciones del mítite fugitivo, envió a un pariente suyo en busca del general Honorato Domínguez, revolucionario que operaba en la parte central de la Entidad veracruzana, como jefe del movimiento porfirista en ella. El general Díaz, sabiendo que Domínguez conocía perfectamente toda la región, buscaba su ayuda para alcanzar la costa del Golfo y salir del país.

Fácil le fué a Hernández localizar a su antiguo amigo y compañero de armas, pues estaba al tanto de todos sus movimientos; hallólo a pocas jornadas del rancho, en la sierra que circunda el Citlaltépetl, cuando preparaba un ataque a la plaza de Coscomatepec.

Fué Honorato Domínguez un soldado veracruzano que conociera al general Díaz cuando éste se encargaba de la Jefatura de la División Llave, al iniciarse la Intervención Francesa; era oriundo de la villa de San Juan Coscomatepec (hoy ciudad de Coscomatepec de Bravo). Dedicado a las actividades del campo unas veces y otras a la guerra, conocía en realidad toda la región, en la que además contaba con leales amigos.

Formando parte del escuadrón de caballería de la Guardia Nacional de Coscomatepec, el que fuera aniquilado en los aledaños del puerto jarocho por los yankees, inició Domínguez su carrera militar durante la Intervención Americana. Afilióse más tarde al Plan de Ayutla y se distinguió en la Guerra de Tres Años; fué el alma de los guerrilleros de la región durante la Intervención Francesa, logrando contra el enemigo triunfos de resonancia como la acción de Arroyo de Piedra dada el 10 de junio de 1862, y como jefe en la Línea de Barlovento continuó en la lucha hasta 1867, concurriendo con el general Alatorre al sitio y toma de Jalapa, donde confirmó su ya sentada fama de audaz y valiente; participó con las guardias nacionales veracruzanas en el asalto dado a Puebla el 2 de abril. El general Porfirio Díaz en sus "Memorias", al referirse a este hecho de armas, narra que Domínguez, a quien entonces llama "oficial tan arrojado como imprudente", atacó motu proprio y vigorosamente al enemigo, como ocho días antes del asalto general, para apoderarse de la manzana que hacía frente a la que ocupaba el mesón llamado "Nobles Varones"; la manzana quedó en poder de los republicanos después de un reñido combate, en el que una bala le destrozó el brazo derecho al jefe de la

Línea, general Manuel González, mismo que años más tarde llegara a la Presidencia de la República.

Terminada la guerra de Intervención, el coronel Domínguez volvió a las labores del campo, pero poco después, en 1868, por viejas diferencias personales con el gobernador del Estado, licenciado Hernández y Hernández, quien constantemente lo hostilizaba, se rebeló en Huatusco contra el gobierno de Veracruz; derrotado por las fuerzas federales en Huahuautla, pasó al Estado de Puebla donde solicitó y obtuvo el indulto del señor Juárez, burlando así las pretensiones de Hernández y Hernández de hacer desaparecer a un enemigo político peligroso; esto ocasionó un conflicto entre el gobierno del Centro y el del Estado, conflicto por el cual pretendieron renunciar, Hernández y Hernández a su puesto y la Legislatura local hacer respetar la soberanía de la Entidad Federativa.

Radicado en Tlaxcala como lo estipulaban las bases del indulto, Domínguez era víctima de la influencia política del gobernante veracruzano, y en 1871 recibió la invitación del Directorio Revolucionario, a nombre del general Porfirio Díaz, para que se levantase en armas y controlara su Estado natal; recibió además una comunicación por la cual se le concedía el grado de general de brigada.

Rápidamente, después de recibir órdenes expresas del general Díaz, Domínguez hizo un recorrido desde Puebla hasta la parte central del Estado de Veracruz; logrando sublevar a muchos de sus antiguos compañeros y amigos; organizada una pequeña brigada, se movió con destreza, como lo hiciera en sus épocas de guerrillero, en los cantones de Orizaba, Córdoba, Huatusco, Jalapa y Coatepec, infiltrando las ideas revolucionarias en todos ellos. Entre los hombres que entonces tuvo a sus órdenes, algunos se distinguieron más tarde como jefes en el Ejército o en nuestras revueltas intestinas, recordemos, entre otros a los generales Francisco Domínguez e Higinio Aguilar, ambos figuraron, ya muy entrados en años, en nuestra última gran Revolución.

El Gobierno Federal destacó al coronel Francisco García, "El Varsoviano", para que combatiese a Domínguez antes de que sus fuerzas tomaran mayor incremento. García estableció temporalmente su cuartel general en Chichiquila, lugar del Estado de Puebla cercano a los límites con Veracruz, desde donde pretendía iniciar sus operaciones sobre la sierra veracruzana; hizo venir a ese sitio al comandante Vi-

cente Loyo, jefe de la Guardia Nacional de Coscomatepec, para que lo ayudara en la empresa. Loyo, compadre y paisano de Domínguez, había militado a sus órdenes y conocía toda la región y los lugares donde se protegía su antiguo jefe, quien ya le había invitado a adherirse al Plan de La Noria, pero siendo partidario del señor Presidente, rechazó la oferta y permanecía leal al Gobierno.

Acababa de llegar el comandante Loyo a Chichiquila cuando fueron sorprendidos por un alzamiento dado por el general pronunciado; tras rudo ataque posesionóse éste de la plaza e hizo prisioneros a los dos jefes. Esto ocurría por los primeros días de enero de 1872.

Honorato Domínguez puso en libertad a su compadre, Loyo solicitó igual gracia para el coronel García y ambos fueron perdonados, a cambio de que el último entregase una cantidad de parque almacenado en Coscomatepec.

Transcurrían los días y en vista de que el parque de marras no llegaba, el general Domínguez lo reclamó por escrito a García, quien encontrabase en Coscomatepec. Lacónicamente contestó el coronel: "Si usted desea el parque, venga por él, se lo entregaré por la boca de mis fusiles . . ."

Indignóse el general por la burla sufrida y se preparaba a atacar Coscomatepec, cuando recibió la comunicación de don Francisco Hernández, rogándole que sin excusa y violentamente, se transladase al rancho de Las Cabras.

Obedeciendo este llamado, se presentó Domínguez acompañado únicamente por su asistente Felipe García, al lugar de la cita. Grande fué su sorpresa al encontrarse con el general Díaz y conocer por él los fracasos del pronunciamiento.

Manifestóle el general Díaz que deseaba ponerse en contacto con sus partidarios del Norte del país, quienes venían luchando vigorosamente; que quería lo condujese hasta la costa del Golfo para salir de la República, y qué, por otra parte, el refugio de Las Cabras no lo consideraba seguro, ya que las fuerzas del Gobierno debían buscarle por ese rumbo. Domínguez propuso a los fugitivos transladarse desde luego al rancho de Tetlaxco, propiedad de sus familiares; sitio seguro, cercano a Coscomatepec y entrada a la Sierra de Zacatla y Xocotla, desde donde les sería fácil conocer los movimientos del enemigo y fijar así el itinerario a seguir rumbo a la costa; además, encontrán-

dose el general Díaz muy delicado de salud, en Tetlaxco tendría lo indispensable para reponerse antes de continuar el peligroso recorrido.

Resuelta la partida, abandonaron el rancho del señor Hernández; (1) formando la caravana los generales Díaz, Galván y Domínguez, y los mozos de estos últimos, total cinco personas bien montadas y bien armadas, dispuestas a cualquier contingencia.

Las jornadas eran largas, se hacían de noche para mayor seguridad, lo cual entorpecía la marcha grandemente y agotaba cada día más al Caudillo, el cual comenzaba a dar muestras de desaliento. Rindieron la primera en un rancho cercano a Acultzingo, poblado que se encuentra al pie de las cumbres del mismo nombre, en el Estado de Veracruz y cerca de los límites con el de Puebla. El propietario de la finca, don Ignacio Aguilar, después de atenderlos con toda amabilidad, les ayudó a continuar su viaje, proporcionándoles algún alimento para el camino.

Reanudada la marcha, pasaron cerca de las Cumbres de Maltrata; vivaqueando en la sierra que se extiende al Sur del Pico de Oriente; dos días después llegaron a la hacienda de Monte Blanco, a unos diez kilómetros al Norte de Córdoba y sobre el camino a Coscomatepec. Domínguez hacía pasar a sus acompañantes, ante los ojos de las pocas personas con las que tenían contacto, como oficiales de su Brigada y dado que casi todas ellas eran gente sencilla, fácil le resultaba el engaño; por otra parte, la alta estimación de que gozaba en la comarca descartaba una posible denuncia.

En la hacienda mencionada los atendió el administrador de la misma, un señor apellido Lozada, hombre de las confianzas de don Honorato, como amigablemente se le llamaba al general Domínguez en la región.

Don Porfirio Díaz le dejó a Lozada su silla vaquera ricamente adornada con bordados de plata, para no llamar la atención en el camino, recibiendo a cambio otra modesta y sencilla (dícese que siendo Presidente de la República el general Díaz, Lozada vino a la Capital

(1) Cuando el general Díaz fué Presidente de la República, solía ir de cacería al rancho las Cabras; entre sus acompañantes figuró algunas veces el general Francisco Domínguez, sobrino de don Honorato, con quien gustaba hacer remembranzas íntimas sobre hechos que por esos lugares le ocurrieron. Hernández era pariente político de Honorato Domínguez.

a entregar la silla, que cuidó con esmero, y no aceptando recompensa alguna, manifestó que sólo cumplía con un deber de hombre honrado).

Continuando su marcha los personajes de nuestro relato, llegaron en pocas horas al rancho de Tetlaxco, a unos tres kilómetros al Sur oeste de Coscomatepec y separado del citado lugar por el río de Tlalpa, alojáronse en la casa de la finca.

Tetlaxco estaba regenteado por doña Ana Domínguez, mujer activa y enérgica, pariente del general. En el rancho se encontraban algunos empleados adictos a la causa revolucionaria, entre ellos don Fausto del mismo apellido, pagador de las fuerzas de don Honorato y sobrino de éste; habíase afiliado al pronunciamiento en la ciudad de Huamantla cuando el general Domínguez pasó de Tlaxcala a Veracruz.

El señor Díaz permaneció más de dos semanas en ese lugar, tanto para recuperar su salud, como porque la lluvia pertinaz de los últimos nortes de la temporada, hacía casi intransitables los caminos y difícil el paso de los ríos de la región que debían atravesar.

Radicaba doña Ana Domínguez en la villa de Coscomatepec y al tener conocimiento de la estancia de sus huéspedes en la finca, ordenó que el ganado de su establo fuése enviado a los terrenos de Tetlaxco, a fin de que, so pretexto de llevar diariamente la leche del rancho al poblado, se les pudiese proveer de alimentos frescos y principalmente enterarles sobre la situación militar reinante en la comarca; este trabajo lo llevaba a cabo un antiguo mozo de la familia, don Francisco Rodríguez, Tío Chico, como era conocido.

El trabajo era relativamente sencillo, ya que Tetlaxco se encuentra, como hemos dicho, a unos cuantos kilómetros al Suroeste de la población y en una explanada que se extiende al pie del cerro de Tlanchitepec o de Chocamán; sin embargo, no dejó de despertar las sospechas del coronel García, quien, como sabemos, ocupaba la plaza y temía un golpe de mano del general Domínguez. Conocido esto por los espías de don Honorato, motivó que se violentase la marcha.

Decidió el general Díaz dirigirse a la hacienda de El Mirador, situada al Oriente de Huatusco sobre los caminos que conducen a la costa. La hacienda pertenecía al señor Sartorius, persona acomodada, de origen alemán y que por entonces tenía una representación de su gobierno ante nuestro país. El señor Sartorius había recibido algunos favores del general Díaz durante la época de la Intervención y culti-

vaba amistad con él. Don Porfirio pensaba solicitar la ayuda de esta persona para poder abandonar la República, aprovechando las relaciones e influencias de ella con algunos comerciantes del puerto jarocho.

Fijado el itinerario, la caravana reanudó su camino en dirección al rancho de El Durazno, propiedad de don Victoriano Domínguez, tío de don Honorato.

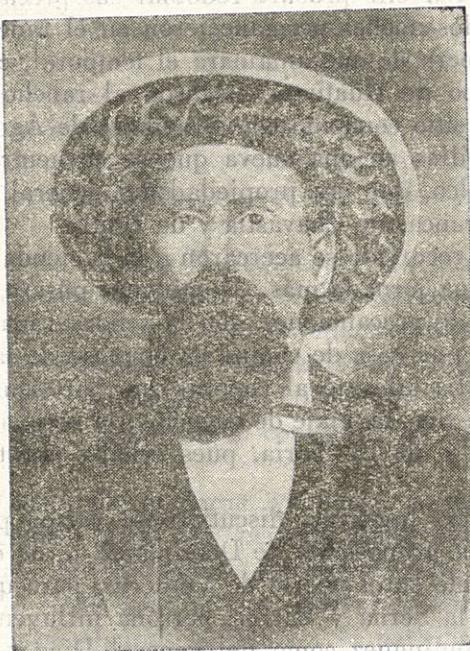
El Durazno encuéntrase en un hermoso lugar sobre el talud izquierdo de la bellísima y profunda barranca de Jamapa, a pocos kilómetros al Noreste de Coscomatepec y cercano al camino que conduce a Huatusco. Es un sitio estratégico y perfectamente protegido de cualquier sorpresa, que siempre sirvió de refugio a sus dueños durante las guerras pasadas.

En marcha ya los fugitivos, fueron informados por Tío Chico que desde la población venía a su encuentro, sobre la imposibilidad de seguir adelante, pues el río Jamapa se hallaba crecido por una avenida; esto les obligó a refugiarse, con los peligros consiguientes, en la casa de doña Teresa Domínguez, prima de doña Ana, casa situada en las afueras del poblado.

A la noche siguiente, prosiguióse la marcha bajo una lluvia constante que nuevamente habíase desatado.

Anticipado don Victoriano de la proximidad de los viajeros, los esperó en el fondo de la barranca con algunos de sus hombres; estando aún muy crecido el río, tuvo necesidad de pasarlo por medio de reatas e iluminándose con hachones; no sin poner en peligro las vidas de sus huéspedes, pues la corriente era impetuosa. El paso se hizo por el vado cercano al lugar llamado El Cajón.

En El Durazno fueron cortésmente servidos por los familiares de don Victoriano, mientras se preparaba la cena, hízoles cambiar sus ropas, pues las que ellos traían se encontraban completamente mojadas. Ya de sobremesa, una de las hijas del anfitrión, Clara, entró al comedor a indicarles que podían pasar a sus habitaciones; a lo que el general Díaz contestó amablemente: "Señorita, el soldado debe vivir alerta" y después de agradecer la invitación, tomó su carabina, se despidió y salió en compañía de don Honorato para ir a pasar la noche a una troje cercana. Renació nuevamente en él su peculiar energía, perdida a causa de las vicisitudes y de su enfermedad.



HONORATO DOMINGUEZ, poco antes de su muerte.

A la mañana siguiente, de acuerdo con la costumbre que por los últimos días habían establecido en Tetlaxco, refugiáronse en una cueva oculta en el monte que cubre la ladera de la barranca, disimulada por la exuberante vegetación y sólo conocida de los propietarios de la finca.

Supo don Porfirio en El Durazno que se rumoraba su estancia en la región; que en Cuautolontitla, ranchería vecina, habían sido muertos dos partidarios suyos y que dos más se encontraban ocultos en las cercanías. Por ello procuró redoblar sus precauciones.

Dos días y dos noches permanecieron en el rancho el general y sus amigos, en espera de que amainara el temporal, continuando después por el rumbo de Huatusco, llegaron al rancho de don Benito López, cercano al sitio conocido con el nombre de Agua Santa.

Pasaron los días en una cueva que se encuentra en el terreno llamado Calcahualco, que era propiedad del general Domínguez, inmediato a las barrancas de Chavastla y de Zentla.

Siguiendo su recorrido se acercaron a la hacienda de El Mirador, donde rindieron una jornada más. Domínguez púsose en contacto, tomando toda clase de precauciones, con la señora Lina Solís, pariente suya que ocupaba una casa de campo en terrenos de la hacienda.

La señora Solís informó al general que Sartorius se encontraba en la ciudad de México, en viaje de negocios; la noticia contrarió grandemente al Caudillo de La Noria, pues echaba por tierra todos sus planes.

Deliberaron los fugitivos, discutiéronse varios proyectos y fué al fin aceptada una proposición de Domínguez, la de entrevistar a un amigo suyo residente en el puerto de Veracruz, para que éste hablara con don Jorge de la Serna y Barrés, persona influyente y de dinero, amiga tanto de Domínguez como del general Díaz y le pidiese que fletara un barco que los condujera al extranjero. El recomendado de don Honorato lo era don Teodoro A. Dehesa.

Poco podemos decir de don Teodoro A. Dehesa al referirnos a la época en que se desarrollaron los hechos que venimos narrando, este señor, que andando el tiempo habría de convertirse en una de las primeras figuras del Estado, contaba por entonces 22 años de edad. Nació en el puerto de Veracruz y fué hijo de un español acomodado del lugar, que llevaba su mismo nombre.

Hizo sus estudios en el Liceo Jalapeño, regenteado por un maestro cubano traído al país por el educador del mismo origen, don José de la Luz Caballero; en ese establecimiento se dedicó a la carrera de comercio, al inglés y al francés, idiomas que dominó. Durante los últimos años de sus estudios y en correspondencia a su dedicación, se le hizo prefecto del plantel.

Don Teodorito, como cariñosamente se le llamaba, regresó a Veracruz al salir del Liceo; su padre pretendió que se pusiera al frente de uno de sus negocios, la dulcería "La Jota Aragonesa", cosa que no fué de su agrado negándose rotundamente a ello, pues deseaba dedicarse a otra rama del comercio. La rigidez de los padres hizo que entrase como castigo, de mozo, a la casa comercial M. Loustau, Sucs., perteneciente a don Miguel Valleto.

Su actividad, su carácter e inteligencia, dieron lugar a que pronto pasara a la categoría de empleado; estuvo primero en el mostrador, después en el escritorio hasta llegar a ser uno de los jefes de la negociación.

La importancia de la casa Valleto hacía que tuviese relaciones comerciales con multitud de gente en el Estado; esto y el carácter franco y alegre de don Teodoro, conquistaronle gran número de amigos.

Relacionado don Honorato Domínguez con la familia Dehesa, tenía a don Teodoro en gran estima, por lo que no vaciló en recomendárselo al general Díaz, quien aceptó confiando en la experiencia de Domínguez.

En cuanto al señor De la Serna, ya hemos dicho que cultivaba amistad con el general Díaz, fué persona adinerada, ampliamente conocida en el puerto; hombre culto e inteligente, ocupó varios puestos públicos, entre ellos el de Juez de Paz; liberal distinguido y de convicciones firmes, prestó algunos servicios a su partido, obrando siempre con honestidad y firmeza. De su rectitud supo aprovecharse el general Márquez para salir del país.

Después del sitio de México establecido por el general Díaz en 1867, Márquez huyó hacia Veracruz acompañado de un ayudante, ambos disfrazados de arrieros; a su llegada al puerto presentóse al señor De la Serna y ante la sorpresa de éste dijo: "Sé cuál es el credo político de usted, pero sé también que es usted un caballero, por eso me

pongo en sus manos". El señor De la Serna le facilitó la salida del país.

El general Díaz se encontraba por entonces en Veracruz embarcando alguna tropa para Yucatán, es posible que don Jorge, después de los hechos le haya confiado el secreto, el que supo guardar don Porfirio y es posible también, que éste haya sido el motivo por el que años después Díaz se atrevió a solicitar igual ayuda.

Y volviendo a nuestro relato, encontramos a sus personajes saliendo una noche de la hacienda de El Mirador, provistos de un magnífico itacate preparado por doña Lina.

Siendo muy conocido Honorato Domínguez en el puerto de Veracruz, no le pareció prudente llevar a sus amigos cerca de él sin enterarse previamente de la situación que privaba en el lugar, en consecuencia, decidieron encaminarse rumbo a Mozomboa, donde tenía gente conocida y de absoluta confianza. Siguieron, pues, hacia el Noreste de El Mirador, caminando siempre de noche aunque con más rapidez, habían entrado francamente a tierra caliente y esta circunstancia se los permitía; la jornada fué larga y difícil, acamparon a orillas de la barranca de los Pescados, cerca de los poblados de Jacomulco y Apasapam.

La noche siguiente continuaron su marcha atravesando con gran dificultad la pintoresca y profunda barranca; salieron de ella, la escasa claridad sólo les permitía ver a corta distancia; el camino se estrechaba más y más para internarse en el bosque. Domínguez marchaba adelante, le seguían los generales Díaz y Galván; de súbito, la cabalgadura del primero relinchó y se detuvo, el general Díaz pretendió adelantarse, pero Domínguez, lanzando una exclamación, dió fuerte empellón al caballo de éste; un cuerpo cayó entre ellos, desprendido de un árbol, deslizóse por las ancas del caballo que montaba Díaz; los animales se encabritaron; y la súchil, reptil muy venenoso de la región, se perdió entre la maleza, no sin morder la cabalgadura de don Porfirio. Hubo necesidad de acabar con el noble bruto, de un pistoletazo en el oído. El general montó el caballo de Felipe García.

Cerca del lugar llamado La Cañada, se hizo un corto descanso, para continuar a la noche siguiente, tras de vadear el río San Carlos, llegaron los viajeros a Mozomboa; a la entrada de este pequeño po-

blado, detuvieronse en una humilde casita rodeada de pintoresca huertecilla.

La casa pertenecía a don Juan Viveros, antiguo soldado del general Domínguez, hombre fiel y en quien podía confiarse. El plan de Domínguez consistía en que Viveros llegase hasta Veracruz y entregara un recado al señor Dehesa, solicitando su ayuda.

El ilustre escritor veracruzano don José de J. Núñez y Domínguez, escribió hace algunos años un artículo titulado "La Fuga del General Díaz en 1872", con datos proporcionados por don Teodoro A. Dehesa, como consecuencia de una plática tenida con él; el artículo de referencia contiene la última parte de esta odisea, siendo nuestra versión la misma, transcribimos a continuación lo que don Teodoro personalmente relató sobre ella: "Como conocía poco el terreno, para llegar a la costa tuvo necesidad de un guía y éste lo encontró en la persona de don Honorato Domínguez, famoso guerrillero del rumbo, que había combatido a los invasores franceses y a los imperialistas y que era un decidido partidario del mílite fugitivo, hijo de la tierra (era de Coscomatepec), Honorato andaba por vericuetos y atajos, hasta con los ojos cerrados, y por lo tanto, y con plena seguridad, condujo a don Porfirio, al general don Pedro A. Galván, que lo acompañaba y a un criado de éste llamado Tomás, a un lugar llamado Mozomboa, situado en el municipio de Actopan, ex cantón de Jalapa, y ahí se alojaron en la casa de don Juan Viveros".

"El General Díaz expresó que necesitaba ponerse al habla con alguno de sus fieles partidarios del puerto de Veracruz, con objeto de llevar adelante sus propósitos de abandonar la República sin que corriera riesgo su persona y entonces pidió al leal Honorato le indi-case de qué persona podía fiarse y éste le señaló a don Teodoro A. Dehesa, a quien el guerrillero conocía perfectamente de años atrás. En el acto el General le escribió una carta discretísima a don Teodoro en la cual omitía la dirección, fecha y nombre del destinatario del portador, indicando que el enviado le hablaría de otra persona. Escogióse para conductor de la misiva al propio don Juan Viveros, que no sabía leer ni escribir".

"Me encontraba como dependiente de la casa comercial de M. Loustaud, Suers., o sea de don Miguel Valleto, —dice don Teodoro—. Al entregarme la carta Viveros, lo hizo con sumo recato. La abrí y

principié a leerla y al ver que se me decía que el portador me hablaría de otra persona, con impaciencia, pues no sabía de quién era la carta, di vuelta al escrito, sorprendiéndome grandemente al ver que la firmaba: *Porfirio Díaz*. Intrigado le dije a Viveros: ¿Qué está allí? —Sí, señor. Y ahí de mis afanes para saber a qué persona se refería don Porfirio, puesto que Viveros lo creía otra gente. Como Viveros era un alma de Dios, apelé al recurso de que había olvidado el nombre del remitente, a lo que él contestó: Honorato Domínguez. Con esto se calmó mi ansiedad, y ya entonces me hice cargo del contenido de la carta, que indicaba que viese a don Jorge de la Serna, a fin de conseguir una embarcación que condujese al general a la Habana”.

“Me apersoné con don Jorge —continúa relatando don Teodoro— quien debidamente informado del asunto, me manifestó que lo que más convenía era que el general viniera a Veracruz; que él (don Jorge) había salvado al general don Leonardo Márquez en parecidas circunstancias y que con mucho gusto serviría a don Porfirio, ya que se trataba de un gran patriota del credo liberal; pero que ninguna embarcación podía situarse en la costa”.

“Como el mejor criado de uno, es uno mismo, según le oía decir a mi padrino don Pedro de Landero y Cos, determiné ir a hablar con don Porfirio, lo que hice yéndome con el portador de la carta y haciendo la jornada a caballo, precisamente en uno que me había regalado un viejo amigo, don Miguel R. Barradas, de Soledad, y el cual caballo había arrendado Honorato (2). Llegamos a Mozomboa y allí encontramos que los generales y el mozo estaban en una choza humildísima rodeados de animales domésticos, incluso unos marranos y haciendo verdadera vida de penitentes”.

“El señor Dehesa (agrega Núñez y Domínguez) habló con el general Díaz y éste aceptó ir a Veracruz, corriendo los riesgos consiguientes. Resuelto el problema de la salida del país, que le fué comunicada al señor De la Serna, don Teodoro regresó a Mozomboa, esta vez acompañado de Estanislao Mendoza, nativo de San Carlos, municipio del ex Cantón de Veracruz, muy experto como guía. Pero cuando llegaron a Mozomboa, los huéspedes habían emprendido el vuelo”.

(2) Don Teodoro no refiere qué se trataba de un magnínico animal llamado El Pincel.

Continuemos el relato para exponer lo sucedido y agregar algunos otros detalles:

Como era natural, la presencia de gentes extrañas en ese pequeño lugar llamó desde luego la atención de los vecinos, máxime cuando no se justificaba su permanencia en él. La distancia de Mozomboa a Jalapa es relativamente corta, consideraron los fugitivos que no faltaría persona que llegara hasta esa ciudad, y que el informe, accidental o intencionado fuese conocido por las autoridades, quienes ya prevenidas sobre la búsqueda que se hacía del general Díaz, sospecharían que tratábase del Caudillo de La Noria.

Por lo tanto, de común acuerdo, resolvieron abandonar Mozomboa, indicando a Viveros el sitio en que se les hallaría.

Domínguez condujo entonces a sus amigos a un paraje llamado La Mancha, de difícil acceso, pues para llegar a él hay necesidad de caminar por la playa y cuando crece la marea cubre totalmente el camino, siendo necesario subir una escabrosa cumbre. Esta se domina perfectamente desde La Mancha.

El señor Dehesa refiere que, informado donde se ocultaban sus protegidos, llegó hasta ese sitio después de una penosa marcha, tanto que al descender de su caballo, éste cayó rendido por la fatiga.

Dispuesta la partida hacia Veracruz, sólo se descansó algunas horas. El general Domínguez despidióse de sus amigos, ya no tenía motivo para continuar con ellos, además la caravana era numerosa y llamaría la atención. La despedida fué efusiva, hubo deseos de éxito para el futuro, por todos los presentes.

El general Díaz pretendió que lo acompañase Domínguez, pero desistió ante las reflexiones de éste que hizole ver la necesidad de continuar la campaña en el Estado; el deseo personal de atacar Coscomatepec para lavar la afrenta que le hiciera el coronel García, así como la urgencia de permanecer en las cercanías de El Durazno por una atención de familia. Al separarse ambos generales, Díaz entregó a Domínguez, como muestra de gratitud y cariño, un anillo de oro con su nombre grabado; una bota de vaqueta y 25 onzas de oro destinados a proseguir la campaña, dinero éste facilitado por el señor Dehesa.

Volvamos al relato del señor Núñez y Domínguez: "Don Teodoro se había hecho acompañar por un amigo suyo, español que se llamaba Agustín de Arjona, para que éste acompañara al general Galván y su

criado a la casa número 143, hoy 53, de la calle principal de Veracruz, en donde entonces habitaba el señor Dehesa y en la que había preparado alojamiento a los mencionados”.

“Se emprendió el regreso a Veracruz, decidiéndose que Arjona marcharía separadamente con el general Galván y su mozo, en tanto que don Teodoro iría con el general Díaz y el guía Mendoza”.

“El viaje se realizó de noche —dice don Teodoro—. Hacía una luna espléndida. En el trayecto un zorrillo se metió en un agujero y al verlo el general Díaz, se apeó del caballo que montaba y sacando la espada que portaba al cinto, pinchó al animal y le dijo a Mendoza: amigo, sáquelo usted; pero Mendoza que no conocía al General y que como buen jarocho, era quisquilloso, le replicó: —Y usted por qué no lo saca?; lo que oído por mí, mandé a Mendoza que accediera a lo que pedía el General. El guía no sin cierta repugnancia, procedió a sacar el zorrillo, pero éste le orinó la mano y ya pueden ustedes imaginarse la penetrantísima peste que se exparció en el acto. El ambiente se volvió irrespirable, tanto, que yo empecé a fumar puro tras puro y cigarro tras cigarro, sin conseguir mitigar aquel hedor que nos molestaba a todos. Caminábamos junto a la playa y cerca la luna se reflejaba en el mar, dando al agua un fantástico aspecto. Ya para llegar a San Carlos, a la casa que habitaba Mendoza y al atravesar un riachuelo que llaman Chachalacas (3), el guía metió la mano en agua dulce, restregándosela con arena para ver si así se le quitaba la peste; pero el procedimiento fué inútil y sólo se amortiguó aquella fetidez cuando el ranchero hizo por sí mismo lo que el zorrillo había hecho con él, siguiendo el consejo que le dí de que un clavo saca otro clavo”.

“Por fin llegamos a la casa, y allí me ofrecieron un catre que cedí al General, quien por nada lo aceptó, y con la silla de montar y los sudaderos, en un petate se acostó don Porfirio. La noche fué toledana y como la casa era de otates y palma, la luz en la madrugada se introducía por diversos sitios, y yo sobre todo, mal dormí, no acostumbrado a las incomodidades de tamañas aventuras”.

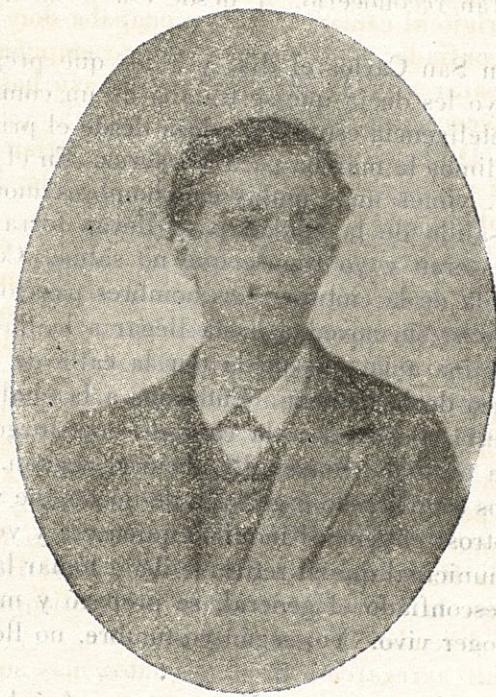
(3) Es este un río de cierto caudal.

“Nos levantamos y recordando yo que para la propaganda de la candidatura del General, sus partidarios habían regalado muchos retratos de éste, que hizo la fotografía de Valleto, en México, le dije que era conveniente se disfrazara un poco, sugiriéndole que se cortara la barba de candado —bigote y piocha— unidos que usaba entonces, lo que aceptó don Porfirio, cortándose la barba, operación en la que le auxilié yo mismo. De este modo se libró el General de que los rancheros pudieran reconocerlo. Y desde esa fecha no volvió a usar la piocha”.

“Pasaron en San Carlos el día, y a los que preguntaban quién era el huésped, yo les decía que se trataba de un comerciante de Masantla. En esa inteligencia estuvo Mendoza desde el principio. Al caer la tarde emprendimos la marcha para Veracruz. En el camino y como a la madrugada, vimos unas mulas con hombres montados, que corrían. Habían salido de la ciudad para llevar forrajes. El general preguntó quiénes eran y yo repuse que no sabía. Como precaución se corrió la pistola de la cintura. Los hombres pasaron y los viajeros siguieron su marcha sin novedad hasta llegar a la Puerta de México, que así se denomina a la que queda por la calle de la Pastora, que abrían a las cinco de la mañana. Entramos a la ciudad siguiendo la acera de la iglesia, llegamos a la casa de don Jorge, quien ya nos esperaba, pues a un toque convenido, abrió el zaguán. En el trayecto de la calle, vimos a un sereno o guardia de noche que venía en sentido contrario a nosotros; el general inquirió quién era y yo le expresé que era un policía municipal que al retirarse iba a tomar la calle principal para rendir. Desconfiado el general, se preparó y me dijo: —A mí no me han de coger vivo. Yo, según costumbre, no llevaba arma ninguna”.

“Durante su permanencia en Veracruz, que fué de dos a tres días, concibió el general la idea de dar un golpe de mano, pues se contaba con la guardia nacional que mandaba el general Enríquez, y con el cuarto Regimiento de Infantería, cuyo jefe era el teniente Nevraumont. El golpe habría sido soberbio, pero le hice desistir de la idea. El Comandante Militar de la Plaza era el general Juan Fóster, de origen americano, que había prestado servicios a la nación”.

“Desechado el pensamiento y estando en bahía el vapor inglés



TEODORO A. DEHESA, a los 22 años de edad.

TEODORO A. DEHESA, a los 22 años de edad.

“Corsica”, (4) don Jorge arregló que se expedieran dos pasajes, uno para el general Díaz con el nombre de Pedro Mori, —quizá tomándolo de la madre que se llamó Petrona Mori—, y otro para el general Galván”.

“Entonces se registró un accidente curioso. Como el general Galván usaba barba cerrada y tuvo que rasurársela cuando estuvo en la casa de don Teodoro, cambió completamente su fisonomía, y una vez embarcado, se dirigió al camarote que ya ocupaba don Porfirio. Este, grandemente desconfiado, abrió la puerta, pero empuñando una pistola listo para disparar y en esa actitud permaneció hasta que por fin Galván logró convencerlo de que era el mismo”.

“El general Díaz, lo mismo que Galván, vestían de paisanos y no se disfrazaron para embarcarse. No obstante ello, las autoridades del puerto no se dieron cuenta de su salida”.

“Don Jorge de la Serna, cuya casa estaba situada en la calle principal, esquina con la de La Pastora, tenía como vecino inmediato al señor Fresse, Cónsul de Alemania en Veracruz e hijo político del señor don Enrique D’Oleire, con quien el señor De la Serna llevaba estrecha amistad. Valido de ésta, don Jorge consiguió que don Porfirio se alojara en la casa del Cónsul, quien tenía a su servicio un mozo originario del Estado de Oaxaca. Este, que desde luego reconoció al general Díaz, le dijo a la esposa del Cónsul: “Señora, yo sé a quién tenemos escondido aquí; pero no tenga usted cuidado, que yo no diré nada”.

“Así fué como pudo salir el general Díaz para Nueva York, en 1872, pasó por la Habana, en donde se alojó en el Hotel Delmónico, y luego siguió por la ruta de San Francisco California, y ahí tomó otro buque para desembarcar en Manzanillo”.

Para concluir agregaremos algunos datos más sobre los señores Domínguez y Dehesa.

El general Domínguez regresó al rancho de El Durazno, de ahí pasó a incorporarse a sus fuerzas en la Sierra del Citlaltépetl, con el objeto de organizar el proyectado ataque a Coscomatepec, el que llevó a cabo la mañana del 4 de abril.

(4) Los generales Díaz y González, salieron de Veracruz en el Corsica, el 5 de diciembre de 1875; al iniciarse la Revolución de Tuxtepec. ¿Fué ello una coincidencia, o se trata de una equivocación del señor Dehesa?

Su plan era el siguiente: su segundo, el coronel Migoni, atacaría simultáneamente la plaza de Huatusco para distraer a la guarnición; cosa que ejecutó. Mientras Domínguez con un grupo de hombres fogueados en la pasada lucha de Intervención, bien montados, saliendo de El Durazno, amagaría el poblado por el camino de Huatusco y haciendo después una retirada en falso, obligaría a la guarnición a seguirle a la explanada que se extiende entre Coscomatepec y la barranca de Jamapa; ahí, maniobrando sus jinetes, entretendrían a los gobiernistas hasta que la infantería, al mando de don Joaquín Castro, bajando de la sierra por Alpatlagua y Calcahualeco, cayese sobre la plaza apoderándose de ella.

La primera parte se ejecutó con precisión, al grito de: ¡Viva Porfirio Díaz!; sus hombres a galope llegaron hasta las goteras de Coscomatepec, tirotearon por algún tiempo a los gobiernistas desplazándose después hacia la planicie, perseguidos por la mayor parte de éstos; desgraciadamente retardóse la infantería y tras de una desigual lucha por la superioridad numérica de los defensores, los asaltantes se dispersaron rumbo a la barranca.

En esos momentos reventáronse las bridas de la cabalgadura de Domínguez, descendía éste rápidamente para arreglarlas, cuando recibió un balazo en una pierna, que lo imposibilitó para volver a montar. Trataba de ocultarse entre la maleza que rodea un arroyo afluente del Tlacuapa, pero descubierto, fué muerto a tiros.

En toda la región, aun los gobiernistas, lamentaron la pérdida de este valiente patriota veracruzano.

Don Teodoro A. Dehesa continuó en la casa Valleto por algún tiempo. Y dedicándose después a la política, ocupó una curul de la Legislatura Local. En ese puesto, años más tarde, tuvo oportunidad de ayudar nuevamente al general Díaz, durante la campaña de éste para diputado por Veracruz. Aunque no siempre estuvo de acuerdo con la política de él.

Al triunfo de la Revolución de Tuxtepec se hizo cargo como administrador de la Aduana de Veracruz, donde desarrolló una importante labor persiguiendo tenazmente el contrabando que mucho menguaba los ingresos del Erario.

Desempeñaba este cargo cuando en 1892 fué electo Gobernador

del Estado; su gestión se prolongó hasta la partida del país, del general Díaz.

Siempre se mantuvo distanciado de la camarilla de "científicos", a los que nunca juzgó buenos colaboradores del Gobierno. El presentó al señor Madero con don Porfirio, buscando un entendimiento entre ambos.

Salió al exilio en 1914 radicándose en Galveston, E. U. A.; volvió a la patria en 1919 retirado a la vida privada.

Fué don Teodoro A. Dehesa uno de los mejores gobernantes que ha tenido el Estado; honesto y progresista; entusiasta impulsor de la cultura y de las artes en general, pensionó en Europa a varios jóvenes artistas, entre los que se cuentan Alberto Fuster, Luis Muñoz Pérez, Ignacio Rosas y Diego Rivera, como pintores, y a Fidencio Navá, Enrique Guerra y Arnulfo Domínguez, como escultores. Puede considerársele como el alma de la expedición arqueológica a Zempoala, dirigida por don Francisco del Paso y Troncoso, la que pretendió llegar a Papantla y al Norte del Estado. Gran colecciónista de antigüedades y objetos arqueológicos, dejó un pequeño museo con piezas de valor. De hecho es el fundador de la Sección de Numismática del Museo Nacional.

Murió a la avanzada edad de 87 años, en Veracruz, el 25 de septiembre del año de 1936.

He aquí los hechos ignorados de ese pasaje importante de la Historia de nuestra patria, conocido con el nombre de *Revolución de La Noria*.

Del Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la exposición Histórico-Americanas de Madrid.
Madrid. Est. tip. "Susesores de Rivadeneyra", 1893.
Francisco del Paso y Troncoso. Tomo II.

* Tomo II.—Págs. 287-283.

15.—Los ojites, en La Mancha.—El sitio reproducido en un espacio claro en medio del *Ojital* o pequeño bosque de *ojites*, nacido al abrigo de los grandes médanos que forman el recodo septentrional de la Mancha, y en el terreno llano que resulta libre. Aquél bosquecillo sirvió de asilo a los generales D. Porfirio Díaz y D. Pedro Galván cuando, perseguidos en 1872, salieron de Mozomboa, donde se habían refugiado, con intención de pasar a Papantla, y se resguardaron por algunos días en aquel paraje, hasta que amigos fieles vinieron a buscarles desde Veracruz. Apacible y ameno es el sitio, bien sembrado y retirado del tránsito, por lo cual se acomoda muy bien para refugio, no le visité al pasar para Cempoala, en agosto de 1890, por falta de tiempo; pero la tercera vez que pasé por este **mismo camino** en marzo del año siguiente para ir a Papantla, me mostró aquel paraje D. Cruz Acosta, que acompañó a los dos caudillos como guía en la época citada. Se tomó entonces la vista, que muestra la frondosidad del sitio.

* Tomo II.—Núm. CCVI.—Pág. 300.

43.—Rancho de Mozomboa.—Propiedad de los Sres. Domínguez. Está situado el rancho al W. de Cempoala, en dirección a la sierra, entre cuyas eminencias descuelga el cerro llamado "Manuel Díaz". Sirvió de refugio a los generales Díaz y Galván, perseguidos en 1872, quienes permanecieron en una de las dependencias del rancho por algunos días, mientras pasaban a La Mancha, como en el número 15 dije.

44.—Rancho Viejo de Mozomboa.—El cercado de piedras, única señal que se conserva del rancho, rodeaba el cobertizo que sirvió de albergue a los dos caudillos en la época citada.